

PRIMERA PARTE

DE LA PRODIGIOSA VIDA Y PENITENCIA
de la gloriosa Santa Rosalía de Palermo, Aboga-
da contra la Peste; y lo demás que verá
el curioso Lector.



DE SANTA ROSALIA.

EN la Ciudad de Palermo,
en el Reyno de Sicilia,
Provincia hermosa de Italia,
nació Santa Rosalia,
de tan antigua prosapia
y de sangre tan ilustre,
que en la christiandad no hay casa
de Emperadores, ni Reyes,
con quien no esté emparentada,
siendo esmalte en su nobleza
los méritos que la ensalzan.
Hija fué de Sinibaldo,
de la real casa de Francia,
Conde en Sicilia de Rosas,
y General de las armas;
y sobrina de Rugero,

de quien el Reyno heredaba.
Antes que esta Rosa bella
diera al mundo su fragancia,
se vieron claras señas,
que la Deidad soberana
la tenía ya escogida
para esposa, y destinada
para ser del mundo asombro
y aviso de las profanas,
exemplo de penitentes;
y porque en todo imitara
al divino Precursor,
quiso que fuese anunciada,
permitiendo de que un Angel
a su madre visitara,
avisándola del día
el feliz parto que aguarda

y que esta dichosa niña
quando reciba la gracia
en el primer Sacramento
de nuestra Iglesia Romana,
que la llamen Rosalia,
que así el mismo Dios lo manda,
porque quiere que las Rosas,
que son timbre de su casa,
le den el nombre al nacer,
y al morir la coronaran.
Nació esta hermosa Princesa,
y aunque fué tan deseada,
no nació para reynar,
que como prenda tan alta,
desde sus primeros años
la tuvo Dios tan guardada,
que hasta su dichosa muerte
no la vió persona humana.
Crióse la bella niña,
y las primeras palabras
que pronunció en su niñez
fué la Trinidad humana,
Jesus, Maria y Josef,
y desde su tierna infancia
fué inclinada à las virtudes,
y diestra en exercitarlas:
que aunque tenían sus padres
maestras que la enseñaran,
excedió su entendimiento
las reglas de la enseñanza.
Era discreta y hermosa,
muy honesta y recatada,
y aunque Princesa, era humilde,
en la condicion muy llana,
muy piadosa con los pobres,
y en dar limosna muy franca.
Mas como siempre à los niños
todo lo vistoso agrada,
con el traje de Princesa
se fué inclinando à las galas,
como niña, y no por eso
hizo su virtud mudanza.
Siendo ya de doce años,
trató el padre de casarla
con el Conde Valduino,
sobrino del Rey de Francia,
y deudo de Rosalia,
para que los dos reynáran.

Mas como Dios la tenia
para corona mas alta,
escogida para esposa,
vino amante à visitarla.
Estando en su quarto un dia
ricamente aderezada,
le dió una dama un espejo
para que en él se mirara;
y al mirar en él su rostro,
vió la Imágen soberana
de Christo crucificado,
vertiendo sangre sus llagas,
y que con voz muy sentida
le decia estas palabras:
mira qual estoy por tí,
Rosalia, mal me pagas,
si à la vanidad te entregas;
dexa esas profanas galas,
y si quieres hermosura,
y à tu rostro color, saca
de esta roxa sangre mia,
que por tu amor se derrama:
haz de mis espinas joyas,
y estarás mas adornada,
que las que en el pelo tienes
son lazos para las almas,
con que el demonio aprisiona
à quantos de mí se apartan,
buscando su perdicion
en la liviandad profana.
Si deseas ser mi esposa,
y quieres lograr ta palma
de mis amadas esposas,
vete al Salvador mañana,
y allí harás solemne voto,
que gusto de que lo hagas.
Recibe sacramentado
mi Cuerpo, porque tu alma,
se limpie de tus descuidos
y se adorne con mi gracia,
y entónces serás mi esposa,
me darás mano y palabra
de ser, como esposa mia,
humilde, obediente y casta.
De este prodigio la niña
quedó absorta y desmayada,
y la criada confusa,
porque tambien la criada

co-

conoció que à su Señora
en el espejo la hablaban.
Se recobió Rosalia,
y de rodillas postrada,
bañando en llanto sus ojos,
ha dicho con tiernas ansias:
soberano dueño mio,
perdona mis ignorancias;
confieso que inadvertida
te he correspondido ingrata,
ya lo conozco y me pesa,
mas os doy firme palabra
de dar por tu amor la vida,
y vivir crucificada,
como vos lo estais por mí,
que amor con amor se paga.
Ya renuncio el ser Princesa,
por ser vuestra humilde esclava,
que no quiero mas corona
que vivir en vuestra gracia.
Se fué Christo del espejo,
y al verse en él retratada,
hizo el espejo pedazos,
porque en él no se mirara
la humana fragilidad
donde vió la Deidad sacra.
Se despojó de sus joyas,
pisándolas con sus plantas,
y tomando unas tixeras,
con resolucion bizarra
se cortó el hermoso pelo,
y con desprecio lo trara;
y desnudándose dixo:
afuera, profanas galas,
loca vanidad, afuera,
que ya estoy desengañada,
que los adornos del cuerpo
son borrones para el alma.
Se vistió de humilde traje,
y en su aposento encerrada
pasó aquel dia y la noche,
y así como vino el alva,
se fué al Salvador à Misa,
sin ser de nadie notada:
llamando à su Confesor,
le cuenta lo que le pasa,
y él prudente le aconseja
que no se resista à nada.

que obedezca en todo pronta,
supuesto que Dios la llama.
Confesó generalmente
en tierno llanto anegada,
juzgando por graves oulpas
las que fueron leves faltas.
Recibió sacramentado
à Christo, y para dar gracias,
se entró sola à una capilla
de la Virgen soberana,
que tenia un niño en brazos,
y de rodillas postrada,
celebró el solemne voto
con discretas circunstancias.
Volvió el Niño alegre el rostro,
y afable la mano alargó,
dandosela à Rosalia,
y un precioso anillo en arras
en señal de matrimonio,
y la que es llena de gracia
fué la madrina, y testigos
los Angeles de su guarda.
Y estando ya Rosalia
con su Amante desposada,
cemenzó à crucificarse,
por cumplirle la palabra,
con penitencia y ayunos,
viviendo mortificada
con tan ásperos silicios,
que piadosas las criadas
les dieron cuenta à sus padres
del rigor con que se trara.
El padre de Rosalia,
que tiernamente la amaba,
y esperaba ver por ella
la sucesion de su casa,
juzgando que el nuevo estado
hiciera en ella mudanza,
abreviando el casamiento,
fué à su quarto à visitarla,
y con discretas razones,
y cariñosas palabras
dió à entender à Rosalia
como estaba ya casada,
y que aquella misma noche
habian de desposarla.
Aunque ella calló prudente,
estaba determinada

a

à no casarse, aunque viera
el cuchillo à la garganta.
Apénas se fué su padre,
quando vió entrar por la sala
dos bellisimos mancebos,
Angeles en forma humana,
diciéndole: Rosalía,
sabrás que tu Esposo manda,
te saquemos de palacio,
que quiere que en la montaña
de Quisquina en una cueba
hagas vida solitaria.
Alegre oyó Rosalía
lo propio que deseaba,
y rezelando prudente
el peligro en la tardanza,
dispuso luego el viage,
recogiendo sus alhajas,
silicios y disciplinas,
libros y algunas estampas,
y un devoto Crucifixo,
en quien ella contemplaba,
el que vido en el espejo,
que siempre ruvo en el alma.
Y haciendo de todo un lio,
de los Angeles guiada,
salióse de su palacio,
sin que nadie lo estorvára;
y yendo por el camino,
aunque niña y delicada,
caminando como un viento
con el fardillo à la espalda.
Anduvieron trece leguas,
y en llegando à la montaña,
la subieron a la cumbre,
adonde la cueba estaba,
diciéndole: Rosalía,
esta ha de ser tu morada,
quédate en paz, y no temas,
que tu Esposo te acompaña,
y aunque invisibles, nosotros
hemos de estar en tu guarda.
Así que se vido sola,
entró à visitar su casa,
y à disponer su oratorio,
y vestirse de hermitaña.
Se puso un tosco sayal,

F

y en lugar de blanca olanda
vistió un hábito de cerdas,
para estar mortificada:
su cama era el duro suelo,
y una piedra su almohada,
su alimento era la yerva,
y era su bebida el agua,
que la gruta gota à gota
liberal le destilaba,
quando por Dios la pedia,
y haciendo copas las palmas
de las manos, de esta suerte
la penosa sed saciaba,
aunque por mortificarse
la bebia siempre escasa.
La oracion fué su exercicio,
y las disciplinas tantas,
que jamas se vió en el mundo
Rosa mas disciplinada.
Aquí estaba Rosalía
tan contenta y bien hallada,
como si allí hubiera sido
su nacimiento y crianza;
pero el demonio envidioso
del valor de una muchacha,
dió principio à hacerle guerra,
procurando derribarla.
La traía al pensamiento
memorias que la inquietáran,
acordándola sus padres,
y acusandola de ingrata.
La acordaba su palacio,
sus amigas y criadas,
sus joyas y sus vestidos,
y el regalo de su casa,
la grandeza en que se vido,
y el estado en que se halla.
Y viendo que Rosalía
no hacia caso de nada,
andaba muy desvelado,
inventando nuevas trazas.
En donde la dexaremos
à esta Princesa hermitaña,
y en otra segunda parte
dirá Adarbe lo que falta,
hasta la dichosa muerte
de esta prodigiosa Santa.

N.